

# BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

## DE TOLEDO.

### PARTE OFICIAL.

#### HABILITACION DE LAS CLASES ECLESIASTICAS

DE LA PROVINCIA DE ALBACETE.

Desde el día de hoy queda abierto el pago á las clases eclesiásticas de esta provincia, de la mensualidad de mayo último; y lo pongo en conocimiento de los partícipes para que inmediatamente procuren hacer efectivo el cobro en la forma acostumbrada. Albacete 1.º de junio de 1857.—El habilitado, Pablo Medina, presbítero.

### PARTE NO OFICIAL.

#### CONFERENCIAS

PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS,

durante la última cuaresma,

POR EL P. FELIX, JESUITA.

(Continuacion.)

Allí donde va mi amor, allí van mis pensamientos, mis deseos, mis aspiraciones, mis obras, allí van mis alegrías y mis dolores, allí van mis virtudes y mis

vicios, allí van mis progresos y mis decadencias. Cuando este amor es ordenado, todo está en orden. Cuando está desordenado, todo está en desorden. Cuando este amor sube, todo sube y estoy en el progreso; cuando este amor descende, todo descende y estoy en la decadencia.

Todo el misterio del progreso estriba pues, en el fondo de este problema práctico el mas importante y decisivo de toda la vida, hacer subir ó hacer descender el amor, lo que equivale á decir, poner el orden ó el desorden en el amor.

El desorden en el amor, es la concupiscencia. La concupiscencia considerada en su esencia puede definirse en estas dos palabras, la perversion del amor, *el amor degenerado*. Ved, pues, en esta sola palabra la filosofía de las pasiones humanas; la teología de la concupiscencia, y bien puedo decirlo la ciencia del progreso. Bajo el golpe terrible de la caída original, el amor, unidad viviente de todas las pasiones, creado para conducir al hombre á su último fin, se ha sublevado contra su fin, es decir, contra Dios mismo, y arrancado así de su centro divino, imprime en el hombre y en todas sus potencias un movimiento terrestre y retrogrado. De aquí resulta que el progreso, es decir, el movimiento de abajo arriba, no puede existir en el hombre, sino á condición de una *reaccion* libre y valerosa contra esa *gravitacion* que lleva lejos del infinito, al amor separado de su centro verdadero.

La doctrina del progreso cristiano se separa aquí profundamente de la teoría del progreso panteísta; la una pide la expansión libre del amor que está en el hombre, es decir, el reino de la concupiscencia, y por ese libre impulso de la fuerza desordenada y retrograda alcanza la consumación del desorden y de la decadencia; la otra exige la reacción voluntaria contra el amor desordenado, y por esto lucha contra la fuerza retrograda de la restauración del orden y la consumación del progreso.

Por consiguiente ya veis que la verdadera fórmula del progreso moral sale por sí misma de las profundidades del cristianismo, y de las profundidades de la humanidad, ilustrando la una á la otra con mútuas claridades. Sabemos ya para nunca olvidarlo donde está el secreto del progreso moral, condición y garantía de todos los demás progresos. Está en el esfuerzo del hombre para vencer la concupiscencia y restablecer su amor al orden, porque el progreso moral segun ya hemos dicho es la marcha hácia la virtud; y la virtud ¿qué es? S. Agustín nos responde con esta definición sublime digna de su corazón y de su genio; la virtud es el orden en el amor, *virtus est ordo amoris*; la virtud es la fuerza; pero la fuerza valerosa y libre que lleva al amor, y con él al hombre hácia su centro divino, haciéndole por lo mismo remontarse, buscando el infinito, hácia las cimas gloriosas del verdadero progreso humano.

Ved al hombre ó al pueblo que por una reacción generosa contra la concupiscencia ha restablecido el orden en su amor. ¡Espectáculo digno de la ambición de los hombres y de las miradas de Dios! El corazón todo entero se ha vuelto hácia el infinito que busca y á que aspira; las afecciones se elevan desde él como un vapor de incienso que glorifica á Dios y embalsama á los hombres.

El poeta ha dicho: *Dios ha dado al hombre una mirada sublime que se dirige al cielo*; pero ved aquí otra cosa mas digna de notarse: el hombre por su valor se ha creado en sí mismo un corazón que aspi-

ra á Dios y busca el infinito. El sacrificio, la abnegación, el heroísmo, la pureza, la fraternidad, la caridad, se elevan desde él como sus naturales aspiraciones.

En una palabra, todo este amor, que es el fondo y el movimiento de la vida, sube y todo cuanto hay en el hombre se eleva, arrastrado en su movimiento, y no vuelve á descender á la tierra, sino como descendiendo las aguas atraídas por el sol para esparcirse en dulce lluvia ó en fecundo rócío.

Ved ahí al hombre que ha vencido la concupiscencia. Suponed que este hombre sea un pueblo, y ya podeis figuraros lo que será una sociedad en la que cada cual encierra un corazón así dirigido hácia Dios y un amor que se eleva hasta *El*, una sociedad en que todo parece esclamar por la voz de los hombres y por la voz de las cosas. *Sursum corda...*!

¡Ah! en esa elevación y trasportes del amor atraído á su centro, la ciencia progresa, las artes progresan, la literatura progresa, progresa hasta la misma materia que parece asociada al movimiento del espíritu. Cuando la concupiscencia está vencida, todos los corazones se elevan, todos los amores suben hasta Dios, y ese *sursum corda* del hombre y de la sociedad, es el hombre y la sociedad que se elevan, es el progreso moral, y por él y con él el verdadero progreso humano. Pero por el contrario, si es la concupiscencia la que ha vencido, y vencido al hombre y vencido á un pueblo ¿qué llegarán á ser ese hombre y ese pueblo?

¿Veis á ese jóven, en quien superabunda con el tesoro del amor la savia de la vida? ¿qué va á ser de él? ¿por qué camino va á emprender su carrera? ¿es por la vía del progreso? ¿es por la vía de la decadencia? Quizás. Vacila un momento, Dios le hace una señal y el hombre le llama. La conciencia le solicita y la concupiscencia le ataca: el cielo le atrae y la tierra le retrae; uno le grita, *sube*, otro le grita *baja*. ¿Qué va á hacer? Para subir necesita valor, para bajar le basta ser cobarde, y lo es. ¿Qué sucede? La concupiscencia ha triunfado, la atracción ter-

restre ha vencido á la atracción celestial, el amor se ha arrastrado. Podia ser un ángel, y ya veis lo que ha llegado á ser. Como Satanás precipitado desde lo alto de los cielos rueda de caída en caída; huye con la carrera del que desciende y huye de su centro sublime y divino, y cuanto mas desciende, tanto mas crece en sí mismo la gravitacion errónea, que lo arrastra á todos los desórdenes y por todos los desórdenes y á todas las degradaciones. Semejante á un hombre que rodando por una pendiente rápida y áspera, rompe rodando todo lo que toca, dejando en la piedra, en las espinas, y en todo cuanto á su paso se rompe alguna cosa de sí mismo, mas en el término de su caída, en el fondo en que ha caído anhelante y herido, hallaréis ese amor precipitado, no conservando ni aun pudor para avergonzarse de sus faltas, ni bastante grandeza para contemplar con su mirada la altura de sus caídas.

Ved ahí al hombre cuyo corazón ha sido pervertido por la concupiscencia, es decir, ved ahí al amor en un sentido opuesto á su verdadero destino.

Pues ahora bien, ponéd un pueblo en lugar de un hombre: suponed que en una sociedad todos los amores arrancados á la vez de su centro común, entran juntos en ese movimiento retrógrado que atrae á lo bajo á los hombres y á las cosas. ¿Qué costumbres van á surgir de esa perversion universal? y del fondo de esas costumbres, ¿qué degradaciones, qué voluptuosidades, qué codicias van á encontrarse y fortalecerse mutuamente, para apresurar las decadencias y aun para consumir la ruina de esos pueblos corrompidos?

Orgullosa tendencia á dominar, capaz de trastornar todos los gobiernos, codicias insaciables, capaces de despojar todos los reinos, voluptuosidad y sensualismo para gozar, capaces de dar muerte á las naciones. Entonces es cuando se cumple esta palabra de la Sagrada Escritura. *Se han corrompido y se han hecho abominables en sus pasiones y en sus deseos,* y este es el momento de esclamar con Sé-

neca. *Las costumbres están perdidas, la iniquidad triunfa, la virtud desaparece y los asuntos humanos se precipitan en la decadencia.*

#### IV.

Si: los asuntos humanos se precipitan en la decadencia; y por qué? Porque con el pensamiento y el amor se engaña tambien la accion humana social y separada de sus vias va en un sentido opuesto á la marcha progresiva.

Enmedio de la perturbacion que hierre á las inteligencias, y de la corrupcion que hierre á los corazones, se hace sentir y se revela por todas partes la necesidad de un cambio, y en tanto que se saluda con embriaguez el advenimiento del progreso, se hallan en la marcha de las naciones puntos formidables de detencion, ya que no retrogradaciones que presagian su ruina.

Entonces avanzan los sistemas, los filósofos sueñan utopias innominadas, de todas partes acuden los reformadores, desplegando todos á la vez la bandera de la reforma y la bandera del progreso. Cada uno conoce en efecto que para romper el punto de detencion del progreso y para detener las retrogradaciones palpables, hay algo que reformar, y no se engañan en esto, porque el progreso no es en verdad mas que una reforma legitima. Progresar, es para el hombre reformarse mas y mas, es rehacerse á semejanza de su propio ideal, así se conquista de dia en dia, ó de siglo en siglo, alguna cosa de su primitiva grandeza y de su belleza original, es en una palabra, anonadar mas y mas en él, por medio de esta progresiva reforma, los efectos de la prevaricacion solidaria que fué la deformacion y la caída de la humanidad.

Pero ved aquí lo que sucede en esa hora de perturbacion y de corrupcion universal. Los hombres están de acuerdo sobre la necesidad de una reforma; pero se engañan en su verdadero objeto; están de acuerdo sobre la urgencia de impedir la retrogradacion, ó de romper el dique

de detencion del progreso; pero se equivocan sobre la causa de esa retrogradacion, y sobre la naturaleza del dique que los contiene.

Así se ven aparecer tentativas de reforma que todas vienen á concurrir en este error comun; á saber: reformar las superficies en vez de reformar el fondo; reformas singulares que infaliblemente dan uno de estos resultados: ó aplicar el remedio donde no está el mal, ó aumentar el mal por la aplicacion del remedio.

¿Y por qué sucede esto así? ¡Ah!, señores, la razon es bien sencilla, y es porque ninguno de esos famosos reformadores piensa en atacar directamente al mal que detiene, ó al mal que precipita; es porque en estos dias agitados por los sistemas de los sábios y por el amor de los pueblos, nadie piensa en levantar contra la *concupiscencia* la bandera del valor y de la verdadera reforma. Nadie, señores, nadie mas que el hombre del verdadero cristianismo ha adivinado el enigma del progreso en el fondo de estos misterios.

La historia nos abre aquí horizontes inmensos; pero yo he prometido aplazar la cuestion histórica, y me contento con mostraros algunos puntos culminantes. Por todas partes veis cumplirse esta gran ley; los puntos de detencion del progreso y las marchas retrogradadas tienen una misma causa, la decadencia de las costumbres; y esta decadencia de las costumbres tiene un mismo origen, el desencadenamiento de la *concupiscencia*.

Las reformas que la atacan son progresivas; las reformas que no la atacan ó que con ella conspiran, son retrogradadas. Cuando el cristianismo apareció sobre la tierra, un malestar inmenso reclamaba la reforma, ó mas bien la reformation del mundo. Roma, dueña entonces del universo se sentia agoviada bajo un peso que la hacia inclinarse á la decadencia, y que anunciaba el Bajo Imperio. Para salvar á Roma y al mundo á quien arrastraba en su caída, se necesitaba una reforma. Pero ¿qué reforma? ¿Qué faltaba á Roma? No la faltaban las letras, porque

tenian entonces en Roma un brillo que los siglos no han podido alcanzar. No la faltaban las artes, porque la victoria habia hecho de Roma el gran museo del universo. No la faltaban las leyes, porque su legislacion era la obra maestra de la sabiduria humana. No la faltaban las riquezas, porque Roma era rica, rica con las riquezas de las naciones. No la faltaba el desenvolvimiento material, porque Roma construia con su génio atrevido caminos, acueductos, arcos triunfales, palacios que desafian á los siglos y llevan el sello de la magestad. Habia encontrado secretos para goces, que nuestro siglo aun no ha podido hallar, y daba festines, que á pesar de todo nuestro sibaritismo no podemos imitar.

¿Que faltaba, pues, á Roma sabia, literata, culta, artistica, rica, poderosa y anegada en placeres? Una sola cosa; la faltaban, *virtudes*... Nunca la *concupiscencia*, la verdadera prostituta del Apocalipsis habia obtenido un reinado tan prodigioso, nunca el sensualismo, el orgullo y la avaricia, habian tomado en la humanidad proporciones mas espantosas.

Nada podia curar á esta sociedad enferma; nadie podia impedir la ruina de ese mundo que en todas partes tenia encarnado el germen de la muerte, nada mas que una reaccion inesperada, sobrehumana y verdaderamente divina, contra el mal que devoraba á la humanidad.

Tal fué el golpe divino del cristianismo, que levantó sobre el mundo, con el estandarte del Calvario, la verdadera bandera de la reforma.

Atacó al orgullo con la humildad, á la codicia con la pobreza, al sensualismo con la mortificacion, en una palabra, opuso á la *concupiscencia*, que precipitaba todas las decadencias, la santidad que iba á suscitar todos los progresos. Y sin que la ciencia se ocupase de ello, sin que las artes pusiesen en ello la mano, sin auxilio de las riquezas, sin que el poder lo hubiese siquiera notado, el mundo se halló colocado en este camino real por el que va ya para dos mil años que marcha con Jesucristo. La retrogra-

dacion habia cesado en los pueblos, asociados á este movimiento nuevo, el punto de detencion habia sido removido, dejando pasar al cristianismo, llevando en sus brazos á la humanidad trasformada y verdaderamente progresiva.

Así es, que la reforma, y debería decir, la trasformacion cristiana, ha triunfado para el progreso del mundo; y ha triunfado divinamente, porque ella sola ha tenido con el conocimiento del mal valor para atacarle y fuerza para vencerle. Despues de quince siglos de cristianismo, cuyas diversas fases se reasumen en su conjunto por un progreso inmenso, se reveló en el seno de la sociedad cristiana una nueva necesidad de cambios. Vinieron hombres que arrojaron á las masas esta palabra llena de magia y de poder; y fijándose en lo mas elevado que hay en esta sociedad tan grande, protestaron contra la religion y gritaron, *Reforma religiosa*. Esta palabra sublevó á las naciones europeas, como el viento de la tempestad subleva las olas de los mares.

¿Que habia en aquel tiempo para dar á la reforma un resorte tan poderoso? ¿Teniamos necesidad de reformarnos? ¿Qué reforma era necesaria? Señores, me apresuro á decirlo en alta voz. Si: teniamos necesidad de reformarnos. Esa época en que se vieron tantos santos, estaba herida en su conjunto de un profundo mal.

La concupiscencia reinaba en las masas corrompidas; la energia moral de la edad media se habia debilitado, todo estaba comprometido con esta decadencia. El fuego de la revolucion debia prender por sí mismo en esta mina preparada por la depravacion de los siglos. Lutero lo comprendió y se aprovechó de elló para estraviar á las naciones. El vino á decir que nuestro dogma estaba corrompido por la supersticion de los siglos, él burló por una predicacion religiosamente revolucionaria la necesidad de reforma que trabajaba á los pueblos. Necesitábamos que se nos dieran virtudes, y acometió la empresa de arrebatarnos verdades. Tenia-

mos necesidad de reformarnos moralmente, é hizo creer que teniamos necesidad de reformarnos dogmáticamente. Tal fué su mentira y su habilidad, tal fué tambien su triunfo. Pero el triunfo del protestantismo no fué mas que una brecha abierta por un error á traves de la muralla debilitada de las almas corrompidas. Este triunfo del error preparó un triunfo mas á la verdad. Se necesitaba una sola reforma, y fué emprendida en el seno mismo del catolicismo. La santidad cristiana apareció bien pronto con nuevo brillo. La caída de las costumbres nos habia precipitado; la restauracion de las costumbres nos levantó, y el siglo XVII, salido de esta regeneracion moral, brilló en nuestra historia con luces desconocidas. La pretendida reforma no habia olvidado mas que una cosa, la de reformarse á sí misma; el veneno de la corrupcion moral habia corrido desde el alma de sus fundadores á las venas de la reforma misma, y llevó sobre ella una gran parte de la lepra que nos devoraba, y nos dejó la vida purificada por una borrasca.

El protestantismo no fué, ni una reforma, ni un progreso. No podia serlo ¿y por qué? Porque en vez de obrar contra la concupiscencia, la agrandó y la desenvolvió en las generaciones acogidas á su bandera. ¿Qué hizo Lutero contra el orgullo? Nada. ¿Qué hizo contra la codicia? Nada. ¿Qué hizo contra el sensualismo? Nada. ¿Qué hizo con estas tres concupiscencias? Todo cuanto podia hacer. Dió á la codicia de los príncipes y de los pueblos, los bienes de los pobres y los despojos de los monasterios; dió al sensualismo, la supresion de la abstinencia del ayuno, del celibato sacerdotal y de los votos de castidad; quitó en fin al orgullo, la humildad de la confesion, y le dió como un alimento sagrado, el libre exámen de las Escrituras. Así el protestantismo de Lutero, en vez de romper la fuerza retrógrada, la multiplicó.....

Mas tarde se reproduce en nuestra sociedad una nueva necesidad de reforma. La grandeza de la Francia parecia debilitada con su gran rey. El siglo XVIII

salía del siglo XVII, y necesario es confesarlo, puesto que así resulta de la historia, aparecía como un eclipse después de un día de gran luz, y como una decadencia después de un progreso.

Así es, que como sucede siempre en épocas de decadencia, el mundo estaba agobiado con el peso de un nuevo malestar. La palabra *reforma* fué arrojada otra vez en medio de los pueblos, y esta vez se pedían todas las reformas; reforma judicial, administrativa, religiosa y filosófica, pero sobre todas se alzaba una voz con mucha más fuerza, y era esta; *Reforma política*.

¿Qué había de legítimo en el fondo de estas nuevas exigencias? ¿Qué faltaba á la política de aquellos tiempos para hacer pueblos progresistas? ¿Teníamos necesidad de reformarnos políticamente? Y en este caso ¿que reforma se hacía sentir? Señores, yo no tengo vocación para resolver estas cuestiones, pero lo que puedo aseguráros elevándome sobre las esferas de la opiniones que dividen al mundo, es, que en aquellos tiempos si no estábamos amenazados de muerte no moríamos de mal político, sino de mal moral. Si había en el orden de las cosas secundarias reformas útiles, no había reforma verdaderamente más necesaria que la reforma de las costumbres. La concupiscencia hecha señora del mundo, devoraba nuestras virtudes, el orgullo impulsaba á los pueblos á un ideal de independencia absoluta, la codicia soñaba especulaciones fabulosas y las dilapidaciones que llegaron á ser famosas tomaron un ascendiente desastroso sobre las costumbres. De arriba abajo las almas marchaban á la corrupción y la sociedad caminaba á la decadencia.

Se dice que en aquellos tiempos divisó un hombre desde lo alto de esta catedral, los negros horizontes en que se agrupaban las borrascas y que estendiendo un día su mano sobre el auditorio conmovido dijo, «Vereis un día allí, en lugar de Dios, á la impúdica Venus, recibiendo adoraciones de los pueblos.» ¿Qué había previsto? La concupiscencia personifica-

da en una mujer, hecha divinidad de una sociedad sin Dios.

¡Ay! todo era una profecía. Para contener entonces el desbordamiento de las tres concupiscencias, cuyas olas crecientes inundaban más y más la tierra, hubiera sido necesario un gran milagro en el orden moral, es decir, una transformación súbita de nuestras costumbres. El milagro no se hizo; Dios, según hace con el océano, nos purificó en la tempestad, y le plugó más en esta ocasión proclamar con rayos la ley del progreso humano en el seno de una sociedad, que perecía por falta de virtudes y que se revolcaba en la corrupción.

Yo podría detenerme en estos dos ejemplos; pero en esta rápida revista de los diques de detención del progreso humano ¿podré dejar de tocar á nuestros días llenos de un malestar profundo y de ardientes aspiraciones? La palabra *reforma* pasa hoy por tercera vez por los aires como un viento borrascoso y esta dice, *reforma social*. Se ha protestado contra la religión, se ha protestado contra la política y hoy se protesta contra la sociedad. El socialismo, que por primera vez nombro en esta predicación, resonaba hace cinco años en el seno ardiente de las cuestiones sociales; el socialismo bien considerado es una protesta contra las sociedades; ó en otros términos, es un protestantismo social. Luce en su bandera, cualquiera que sea su color y lleva escritas estas palabras llenas de amenazas, *reforma la sociedad*.

Aceptemos lo que pueda haber de verdadero en el fondo de estas nuevas aspiraciones, puesto que la sociedad como el hombre van en pos de un ideal, al que pueden acercarse siempre más y más si trabajamos en reformar la sociedad. ¿Pero si no obtenemos esta reforma legítima y verdaderamente progresiva ¿por qué será? ¿Conoceis la causa? ¿será por falta de nuestra cultura científica? ¿Cuántos sabios en nuestra sociedad moderna! ¿será por falta de nuestra cultura en las artes y en las letras? ¿Cuántos artistas y literatos en nuestra sociedad moderna!

¿será por falta de nuestras leyes y constituciones? ¿Cuántas leyes y constituciones en nuestra sociedad moderna! ¿Será por falta de mejoras materiales y del progreso industrial?

Señores, el ruido de las máquinas y la fama y estruendo de vuestras invenciones me escusan responder. ¿Qué es, pues lo que impedirá la verdadera reforma social, ya que no puede realizarse? ¿Qué es lo que reformará su dique de detención? ¿cuál será la causa que la hace retrogradar? Una sola cosa. La decadencia de vuestras costumbres por el imperio de la concupiscencia.

“¡Ay! si como aquel hombre de Dios se me enseñara el cielo y en un altar la concupiscencia recibiendo nuestras adoraciones, también yo os anunciaría desdichas y más desdichas: os haría ver todos los progresos viniendo á estrellarse á los pies de este ídolo y todas las decadencias naciendo en el fondo de este santuario. Pero si no me da Dios ninguna prevision absoluta sobre vuestro porvenir; me da previsiones hipotéticas y digo: No reformando vuestras costumbres, no derribando en vuestras almas el reino de la concupiscencia, es decir, el reino del deleite, de la avaricia y la soberbia, no pasará la reforma social; en decadencia, quizás en catástrofes, vendrán á parar todas vuestras tentativas de progreso. ¡Ved á la China, que desde el seno de su fermentada civilizacion, está desdeñando y menospreciando todos los pueblos del mundo, mandándonos á través de cuatro mil leguas escenas de carnicería con las cuales no ha visto aun manchar sus páginas la historia de Europa! A nosotros toca el pensarlo: si no perfeccionamos nuestras costumbres, reprimiendo la concupiscencia, nada podrá arrancarnos de la decadencia, ni salvarnos de la barbarie. Aun cuando pudiéramos siempre defendernos contra el extranjero, no podríamos defendernos contra nosotros mismos, y un día, quizás nos degollaríamos unos á otros en nuestras academias de ciencias, en nuestros ateneos literarios, en nues-

tros templos de bellas artes y en nuestros palacios de industria.

“¡Pero lejos de nosotros tales previsiones! hemos visto el mal en su conjunto; lo veremos en su pormenor y lo combatiremos. Ante todos vosotros levanto contra la *concupiscencia*, que nos está invadiendo y amenazando de barbarie, el generoso estandarte de la reforma moral, que es la única que hará triunfar la verdadera civilizacion. ¡Ojalá que pase este estandarte victorioso por encima de nuestro sensualismo, de nuestra codicia y de nuestra soberbia! ¡Y pase con él el verdadero progreso, guiando á la sociedad moderna con todas sus potencias y todas sus invenciones, hácia á Dios, hácia sus verdaderos destinos!...”

(Se continuará.)

## AVISOS IMPORTANTES

### A LOS NUEVOS SEÑORES PARROCOS.

«Con este epígrafe espidió un antiguo y celoso Prelado español, una pastoral á los señores párrocos de sus diócesis, despues de concluido el concurso. Hoy que tan numerosos son los curatos que se van á proveer, creemos importante y útil publicar este documento célebre, no solo por los avisos que contiene, sino también por los preceptos y consejos evangélicos que dá en versos latinos formados de textos sagrados. Dice así:

«Concluido el concurso y estando para colocaros en vuestros respectivos curatos, nos parece muy del caso haceros algunas advertencias, con que, sin duda alguna, os irá bien, serán felices vuestros feligreses, y nos libraremos de muchísimos sentimientos.

1.º Debeis, ante todas cosas, queridos hermanos míos, tener muy presente el objeto de vuestra mision, este no es otro que justificar y justificaros cada vez más; de otro modo os perdereis, y con vosotros vuestros feligreses.

2.º Será vuestra predicacion no larga, pero continua, y en lenguaje no gro-

sero, pero acomodado al pueblo que os escucha.

3.º El ejemplo es lo principal en esta parte, y tanto, que á cada año de los tres que predicó nuestro divino Redentor, correspondieron diez de santísima vida.

4.º Vuestras reprensiones públicas serán en términos que no se contraigan á determinadas personas; de lo contrario suele seguirse mas daño que provecho.

5.º En las espinosas circunstancias del dia debéis observar mas que nunca esta regla; y aun cuando habéis contra los enemigos que tiene el altar y el trono, sea siempre manifestando el caritativo principio de horror á la criminal acción, pero amor á las personas.

6.º No os entrometais en nombramientos, oficios ó asuntos de ayuntamiento, ni os negueis á dar consejo cuando se os pida, pero con mucha consideracion y cautela, pues la precipitación fué siempre madrastra de la prudencia, y á las veces suele pedirse no tanto por acertar, como por la malignidad de escusarse y dar por testo al cura. *Prudentes sicut serpentes, simplices sicut columbae.*

7.º Si os temeis que por fines particulares elijan los que no convienen para cargos públicos, se predica sobre las cualidades que deban estos tener, y la obligacion de elegir los que sean mas al caso; si asi no se remedia, encomendadlo á Dios, y dejarse de otros amaños, que siempre paren discordias, rencillas y odios al párroco.

8.º No falteis á vuestros feligreses en los atentos deberes de una cristiana política, pero sin familiarizaros demasadamente; si asi no fuese, el primer dia seréis alabados, el segundo poco atendidos y el tercero despreciados.

9.º Afable magestad, ó magestuosa afabilidad hasta con los niños de las calles; que este fué el carácter de nuestro divino Maestro, quien no se desdenaba de acariciarlos para atraerlos á sí.

10. Ya os hemos hablado sobre diversiones y trage: no nos quedá que añadir otra cosa que el que andéis decentes,

pero sin lujo; tan mal parece á sus feligreses un cura *pelimetre*, como un *desgarragallos*.

11. Aceptaréis con mucha dificultad la asistencia á los convites de mesa, principalmente en las bodas: con esto ahorrareis de mucho gasto y de no menos rubor á quienes acaban de desahogarse en conciencia con vosotros.

12. No dejéis jamás para otro dia lo que podais hacer desde luego, pues el oficio de párroco es muy socorrido, y cuando os parezca que estareis desocupados, suele ocurrir mas que nunca.

13. No atraseis ni adelanteis las horas de las funciones públicas por dar gusto á particulares personas, pues en este caso agradareis á uno y descontentareis á ciento.

14. A mas del estudio regular, conferenciad unos con otros sobre materias morales y ceremonias eclesiásticas: pues tenemos por esperiencia que una hora de conferencia vale mas que dos de estudio.

15. Siendo celosos podreis mantener el aseo del templo en medio de su pobreza, suplicando á algunas familias corran con el de este ó el otro altar, esta ó aquella imágen, etc.; pues no faltan aun almas piadosas que á ello se presten, y á quienes Dios llenará con esto de bendiciones.

16. Os encargo sobremanera reprendais, pero no regañéis, especialísimamente en el tribunal de la penitencia, pues es de temer se pierdan algunas almas por esta inconsideracion.

17. No sean de nota las personas que os asistan; os librareis con esto de muchas murmuraciones y peligros; pues aunque seais altos cedros de castidad, Dios os libre de un huracan de lujuria.

(Se concluirá.)

TOLEDO.

IMPRESA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,

CALLE ANCHA NUM. 34.